tribuna

LA FALSIFICACIÓN DE LAS SEÑAS DE IDENTIDAD

El Ayuntamiento decide cambiar una semana la celebración de la Feria de 2001 para que coincida con el gran puente madrileño de la primera semana de mayo. Es otro ejemplo de que no se pone la ciudad al servicio de sus ciudadanos

**Isidoro Moreno Navarro**
Catedrático de Antropología Social de la Universidad Hispalense

# La expropiación de Sevilla

NO sé cuantos sevillanos nos estaremos dando cuenta de que nos están expropiando Sevilla; de que estamos siendo despojados del derecho al uso y disfrute de nuestra ciudad. Es un hecho constatable que nuestros monumentos, nuestro urbanismo, nuestras fiestas, nuestra misma expresividad extrovertida, todo el conjunto de lo que constituye nuestro Patrimonio Cultural, tanto material como intangible, están siendo convertidos en simples mercancías para beneficio de algunos. Están mercadeando con nuestra cultura, con nuestra identidad andaluza, con los componentes de lo que constituye un valiosísimo capital simbólico, sin que percibamos, al menos mayoritariamente, el descarado robo y la manipulación que ello supone. Las recalificaciones de suelo y otras especulaciones varias, con ser graves, no alcanzan la trascendencia del designio de convertir la ciudad en un escenario teatral para divertimento de foráneos; de convertir Sevilla en una simple *ciudad de ocio para otros*, rehusando a toda otra aspiración.

Vaya por delante que no trato de satanizar el turismo, que puede ser una actividad tan legítima y rentable como cualquier otra, ni de sembrar animadversión contra los turistas, pero sí de oponerme, frontalmente, a quienes plantean el turismo como el único eje de nuestro futuro, al que hay que sacrificarlo todo, vendiéndonos la idea de que sólo es posible alrededor de él encontrar nuevos yacimientos de empleo, como ahora llaman los cursis a los puestos de trabajo.

*Está claro que quienes no estemos dispuestos a dar un bobo aplauso a todo esto vamos a ser acusados de antimodernos y de ir contra los intereses de Sevilla*

La próxima expropiación que vamos a sufrir los sevillanos, decretada hace unos días por *nuestros* representantes en el gobierno de la ciudad, es la de nuestra Feria de Abril, que el próximo año ni será de abril ni será nuestra, aunque –eso sí– será mucha más feria que nunca, si por feria entendemos sólo un tinglado para el mercadeo, y no lo que aquí entendemos por la Feria. En 2001, ésta debía celebrarse del 24 al 29; pero no va a ser así, ya que el Ayuntamiento ha decidido que sea en mayo, añadiendo –encima– un día más a los seis del festejo, con la excusa de que, al menos, "el primer día será en abril". Como si no pudieran ser en abril todos. ¿Por qué este cambio? Ni siquiera se han preocupado por maquillar el objetivo descaradamente mercantilista del mismo: es para conseguir que vengan muchos más madrileños, al ser en Madrid festivos el martes y el miércoles de la primera semana de mayo, por lo que queda garantizado un desembarco, aún más masivo que el de costumbre, de capitalinos "con el consiguiente beneficio económico para la ciudad".

Desde el pensamiento único, para el cual la lógica mercantilista es la única lógica racional, la decisión es de lo más natural. La ciudad se beneficiará, según nos dicen. Pero es mentira. Sólo van a beneficiarse algunos: el AVE, los hoteles –la mayoría de los cuales pertenecen a cadenas trasnacionales–, los restaurantes, los almacenistas de whiskies, los taxistas, las gitanas que venden romero y las tiendas madrileñas de trajes de flamenca. ¿Me parece poco? Pues sí, porque además de que los beneficios alcanzan a sectores muy concretos, se obtendrán vendiendo la dignidad de Sevilla y acentuando la subalternidad de los sevillanos, que, cada día más, somos tratados, impunemente, y con la aceptación culpable de los más de nosotros, como simples figurantes para garantizar el divertimento ajeno; como palmeros sin protagonismo en juergas de otros; como jugador numero doce, para hacer bulto y animar, en partidos en los que no juega nadie de nuestros equipos; y como entusiastas piropeadores de novias poco agraciadas pero de tronío y coche de caballos. Los sevillanos, que siempre nos hemos dado como espectáculo a nosotros mismos, parece que aceptamos ahora vendernos como espectáculo, por unas migajas, para otros.

Y lo peor es que esta conversión de nuestra Feria en la fiesta de los madrileños no es sino un eslabón más en la ya larga serie de hechos que forman el proceso de expropiación de Sevilla: conversión de la Catedral en un museo reservado casi exclusivamente a quienes pasen por taquilla, utilización de nuestros nazarenos como figurantes para reconstrucciones falseadoras de nuestra Semana Santa, riesgo creciente de que nuestro centro histórico y simbólico termine siendo una isla muerta de vida y reservada –eso sí, sin coches– a los grupos de turistas, y apoyo a cuantos *hiper*, centros comerciales y multicines quieran instalarse en el extrarradio, con el consiguiente caos circulatorio y adopción del modelo norteamericano –antimediterráneo– de ciudad.

Está claro que quienes no estemos dispuestos a dar un bobo aplauso a todo esto vamos a ser acusados de antimodernos y de ir contra los intereses de Sevilla. No debe importarnos. Aún peor será, si no lo remediamos, convertirnos en exiliados dentro de nuestra propia ciudad, aceptando pasivamente que nos la expropien.

PÁLIDO FUEGO

## *Los dos amigos*

**Manuel Gregorio González**

Aznar y Blair, en plan estudiantina compostelana, se sentaron el otro día a explicarnos lo del *Tireless*, y acabaron haciendo chistes de asunto subacuático. De modo que el presidente Aznar, a lo mejor, entró en el juego y en el fuego de la política para hacerse de amigos chistosos que no encontró en su mocedad vallisoletana. Qué cachondeo.

Ya hemos dicho aquí que la política de los últimos años degenera hacia el anecdotario, hacia el dato caliente y la foto sensible. Tony Blair hace electoralismo con el nacimiento de sus hijos, y el presidente Aznar tiene ocurrencias y salidas a cuenta de un problema nuclear que afecta a la soberanía de España. Los periódicos ingleses ya han advertido que la grieta del *Tireless* estuvo a punto de fundir el reactor, con el consiguiente menoscabo para la flora y fauna gibraltareña. Pero la política, como decimos, es hoy una cuestión de *feeling*, de compenetración, de buenas vibraciones, con lo cual, los problemas del Estado se solucionan con una cena en la intimidad y una bandeja de papas bravas.

*Uno preferiría la argumentación, la lógica, la sensatez que otras veces ha demostrado el presidente Aznar. Pero entonces va y le sale un chiste*

Hasta los chicos duros de EH han acudido a prestigiarse con la desgracia de las Madres de la Plaza de Mayo, a ver si meten algo de sentimentalismo en su épica sentimental del agravio. Así pues, los dos amigos, Aznar y Blair, Tony y José María, han salido al ruedo de los medios montándoselo de dúo dinámico, de dúo sacapuntas, estilo Pimpinela, pero con menos gracia. En el entretanto, los alcaldes de la zona andan en peregrinación para que se lleven el submarino, y la respuesta habitual es que no hay peligro, que no pasa nada, que lo del *Tireless* es una cosa de ningún momento que mueve a risa. ¿Y entonces, por qué no dan explicaciones, por qué no autorizan la supervisión de técnicos independientes? Nadie lo sabe.

Uno quisiera que el presidente Aznar explicara a la ciudadanía la razón de sus decisiones, los límites reales del problema, para que así durmiésemos todos tranquilos. Uno preferiría la argumentación, la lógica, la sensatez que otras veces ha demostrado el presidente. Pero entonces va y le sale un chiste.

VASOS COMUNICANTES

## *La comedia argentina*

**Antonio Hernández**

La semana pasada asistí a la conferencia que el presidente de la República Argentina, don Fernando de la Rúa, ofreció en la Real Academia a un público mayoritariamente argentino, y el prócer tuvo que soportar, aunque por muy poco tiempo, la intervención espontánea de una joven que le acusó de tener muerto de hambre a casi todo el país. Argentina, como se sabe, es el más rico de Suramérica; tiene agua de sobra, una Pampa inmensa con medio metro de humus en su tierra privilegiada, petróleo para el consumo propio y una ciudadanía en apariencia de las más preparadas del globo para afrontar cualquier reto en el mundo moderno. Pero, como también se sabe, no acaba de despegar y el viejo argumento de que el poderoso vecino del norte lo impide por miedo a una hipotética competencia peligrosa parece más bien a estas alturas la justificación del indolente o la coartada del paranoico.

Es muy probable que la causa de su conmoción permanente sea otra y que tenga que ver con la condición histriónica de sus naturales, a los que, por desgracia y además, nunca les ha tocado un buen director de escena. Los argentinos son gente culta, mucho más culta en líneas generales que los españoles, pero aunque a nosotros también nos gusta el teatro más de la cuenta, buena parte de la representación nos la pasamos entre bastidores, llámesele a lo mismo buscándonos la vida más o menos organizadamente, por supuesto que tampoco con el sentido de la previsión que tienen los ingleses o los alemanes.

Los argentinos, como latinos que son, dan la impresión de estar siempre en escena, y en ese sentido la recompensa que pueden esperar es la que el público les conceda. Son artistas natos, pero de buenas a primeras a la gente les da por no ir a la función y se quedan solitos aplaudiéndose a sí mismos, algo que, si les importa, van a disimular en un supremo alarde de identificar la realidad con la ilusión. Desde luego carecen de la simplicidad del nórdico calvinista, metodista y metódico, y en vista de que representan su propio papel no sólo por gusto sino por necesidad, no están dispuestos a conceder la razón a nadie, por muy evidente que sea.

Exactamente eso es lo que ocurrió en el último minuto de la representación en la tragicomedia de la Real Academia Española, que don Fernando de la Rúa, no contento con la magnífica acogida a su discurso, quiso discutir a su joven y espontánea disidente las razones de su protesta mientras que la Policía se la llevaba en vilo, ajena a gesto tan espectacular –de espectáculo– como democrático. La representación por tanto, quedó incompleta, que es lo que suele ocurrir casi siempre cuando se trata de esta gente tan fascinante y adorable como imprevisible, y eso debe de ser así porque una obra teatral cerrada es la que integra el tiempo en sus tres instantes sabidos –el pasado, el presente y el futuro– y ellos no quieren sino vivir en el presente, actitud que contiene la evocación del pasado pero que rehúye la estimación del porvenir. Más aventureros de su inconsciente, más atraídos por las posibilidades del corazón que por las de la cartera, más impulsivos incluso que nosotros mismos o los italianos, lo que ya es decir, el hoy les absorbe demasiado como para preocuparse por el mañana, ese futuro lejano en el que proseguirá la función inacabable.